

## EL ENANO SALTARÍN

# Acción

**D**e cuando en cuando voy a la ciudad. Me gusta. Sobre todo pasear, ver a la gente y comprarme esos caramelos de sabor a violeta; creo que me alargan la vida. Tomo un autobús que me deja en una pequeña plaza, con media docena de raquílicas acacias, en la que hay una buena librería, con música suave y sillones. En el autobús escuché, hace unos días, una conversación entre dos muchachos. Hablaban de libros. Uno le recomendaba al otro que leyera un libro.

—Está bastante bien —le dijo sin mucha convicción.

—Pero, ¿es de acción? —le preguntó el otro inmediatamente.

—Bueno, al principio no...

—A mí me gusta que pasen cosas.

—A mí también.

Luego continuaron callados. Y al poco se bajaron precipitadamente en la misma parada. A pesar de llevar unas grandes mochilas cargadas de libros, se fueron corriendo, sorteando peatones y dándose tremendos empujones.

Me quedé pensando en eso de la «acción». La lectura requiere —por principio— de cierta predisposición a la inac-

tividad, a la quietud y al sosiego. Un *tempo* que no suele ser común en la vida de la infancia y, menos aún, de la juventud. Impera la prisa, el correr de una cosa a otra sin parar en nada la mente, dando saltos de una exigencia a otra, tanto en la escuela como en, digámosle así, el ocio. Quizá por esa aceleración vital quieren también que continuamente «pasen cosas». De lo contrario, se aburren. Esa necesidad psicológica

de acción —distinta del impulso del juego— debe tratar, supongo, de compensar la anémica trama de experiencias reales, vitalmente significativas, en la que muchos niños y niñas viven. Su inactividad real exige un consumo de «acción» mediada, en diferido.

¿Dónde encuentran ese alimento? En la televisión, por supuesto. Los niños de la Comunidad Europea dedican un tercio del tiempo en que están despiertos a ver la tele. Dicen que, cuando cumplan 60 años, se habrán pasado ocho ante ese proveedor de «acción». Además de otras muchas cosas, en una semana pueden ver: 848 peleas; 670 homicidios; 420 tiroteos; 30 secuestros; 30 torturas; 20 emisiones eróticas; 18 de drogas; 11 robos; 11 desnudos y 8 suicidios.

Claro, cuando se acercan a los libros —si llegan a acercarse— lo hacen ya con esa acelerada percepción de las cosas y con las emociones agitadas por el ritmo de esa peculiar «educación» que les ofrece esa gran fábrica de sueños y monstruos.

Por supuesto, se me pasó la parada.



ENRIC SOLBES.

*El Enano Saltarín.*